

... a las condiciones de precisión y exactitud características de la Ciencia, se ven de esta manera tales y debieran abandonar su investigación.

I

EL PROBLEMA DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

Hay en todos los dominios de la Ciencia, singularmente en aquellos que tocan al sujeto humano y a los primeros principios de las cosas, cuestiones, no diré que eternamente puestas y discutidas (porque el decir «eterno» es anticipar una conclusión a que no estamos autorizados ante el futuro, incierto para nuestro espíritu), pero sí presentes, vacilantes y resueltas de muy diferentes modos por las distintas escuelas de pensadores, desde que comienza la historia conocida del pensamiento científico hasta los tiempos actuales. Miradas así, al través de las varias opiniones y sistemas, esas cuestiones, dan la impresión de algo insoluble e inasequible a nuestros medios de conocimiento, algo respecto de lo cual es inútil consumir tiempo y energías mentales, puesto que no se ha de alcanzar su resolución satisfactoria para todos, signo de que es verdaderamente científica; y ante eso, explícate bien la posición de no pocos espíritus

que, atentos a las condiciones de precisión y exactitud características de la Ciencia, excluyen de ésta problemas tales y desdeñan o abandonan su investigación.

No obstante, la humanidad pensadora (que no está reducida a los profesionales de la Ciencia), sigue planteando esas cuestiones y formulando las preguntas que se les refieren o de ellas se derivan, y ello muestra que obedecen a un fondo de irrestañable curiosidad en nuestro espíritu, a una exigencia irreprímible de éste, a lo menos tal como ha venido orientándose hasta hoy día, única afirmación que nos es dado hacer; pues no debemos olvidar que todas nuestras observaciones se basan en lo que arroja de sí un período de la vida humana, todo lo largo que se quiera, pero siempre reducido, en comparación de lo que esa vida puede prolongarse en lo por venir, y las hipótesis, dada la naturaleza de nuestra inteligencia, no pueden exceder nunca, por fecunda que sea nuestra imaginación, del número finito de combinaciones a que se presta la realidad conocida. Pero como este límite igualmente lo encontramos en todos los órdenes de nuestro razonamiento, claro es que, hoy por hoy, nos es forzoso partir siempre de a base obligada de nuestro espíritu tal como ahora

es y como verosímilmente ha de continuar siendo por algún tiempo todavía.

Ese estado, como decía antes, lleva inevitablemente a plantear una y otra vez las mismas cuestiones, y a los mismos profesionales los arrastra a formularlas de nuevo, no obstante la inutilidad de los esfuerzos anteriores.

Pero si todo esto es cierto, no lo es menos que algunas de ellas, aunque carentes de resolución unánimemente aceptada, empiezan a mostrar, dentro de la diversidad de opiniones, cierta orientación general o ciertos puntos de aquiescencia común, que significan su avance hacia un terreno más científico, es decir, más seguro y satisfactorio que el que antes ocuparon. Tal ocurre con la cuestión de la Filosofía de la Historia. Determinar respecto de ella esa orientación general y esos puntos de aquiescencia común, me parece un servicio de utilidad indiscutible.

Lo es, en primer término, como base para futuras investigaciones, para adelantar firmemente en el camino de una resolución propiamente científica, puesto que los progresos en el conocer de las cosas se basan en la clarividencia de lo ya conseguido y en la seguridad de ello. Pero es también útil por otra consideración de carácter social, que los profesiona-

les suelen olvidar a menudo. Me refiero al reflejo que las doctrinas de éstos producen en la masa, donde se traducen en corrientes de opinión y en direcciones de conducta.

En efecto. Para un científico, lo importante, lo único digno de ser considerado, es la verdad o el error de las teorías, y conforme a este criterio, puede despreciar y desprecia las que no le parecen verdaderas, borrándolas del cuadro de lo atendible. Así, en Filosofía de la Historia, un providencialista rechazará y estimará como nulas las doctrinas de un racionalista o las de un positivista, y viceversa; pero ni uno ni otro podrán evitar que las doctrinas contrarias influyan en grupos numerosos de hombres y les guíen en no pocas cosas de su vida. Con igual razón, las posiciones contrarias de los que admiten una Filosofía de la Historia y los que la niegan, mutuamente se rechazan y anulan, pero no está en su poder que muchos hombres acepten una u otra; y como al fin y al cabo lo importante es lo que influye en la conducta de las masas, frente a ello las diversas teorías que se disputan la solución de una de esas cuestiones indecisas vienen a tener para el sociólogo, para el hombre práctico y para el historiador mismo, un valor igual o, a lo sumo, proporcionado, a su di-

fusión y a la fuerza de las convicciones que han producido. Todo, pues, lo que sea reducir las divergencias, hallar puntos de contacto—o, por mejor decir, aclarar en el gran público la conciencia de las afirmaciones comunes a que se llega desde puntos de partida o sistemas distintos, y que quizá no han sido vistas por la mayoría—, es preparar el camino para una coincidencia cada vez mayor en el pensar y en el obrar.

Ahora bien; en la esfera de la Filosofía de la Historia se ha producido en los últimos años, y como consecuencia de las discusiones que la cuestión en su concepto mismo promovía, una determinación bastante concreta de sus factores y un esclarecimiento de las diferentes ideas que a ella se refieren. Ambos progresos no han trascendido lo bastante a la gran esfera de la gente culta, pero no especialista, para originar en ella un cambio favorable en el mismo sentido; y a la vez, esa falta de correspondencia entre la posición científica actual y el sedimento de ideas antiguas (ya rectificadas científicamente, pero que en la masa se han convertido en conocimientos de índole vulgar), hace más necesario aquel trabajo de difusión, cuyo primer efecto ha de ser fijar claramente el valor de voces fundamentales

en esta materia. La necesidad es tanto mayor, cuanto que, en ese respecto, pueden considerarse incluidas en el vulgo muchísimas personas que a primera vista calificaríamos de cultas, personas que han obtenido títulos universitarios y que ciertamente, saben muchas cosas y poseen una inteligencia clara. Así, yo he oído calificar mi *Historia de España y de la civilización española* como una obra de filosofía histórica (aunque es lisa y llanamente narrativa), tan sólo porque contiene, al lado de los capítulos usuales de historia política, otros de lo que se ha llamado *Kulturgeschichte* o historia interna.

Este error, frecuentísimo, significa, no ya una vacilación en el concepto de la Filosofía de la Historia—vacilación también la hay, y ya la estudiaremos—, sino una desorientación absoluta, sobre la cual no cabe fundar ningún razonamiento, ni aun la posibilidad de entenderse con quienes lo sustentan, puesto que ellos, usando el mismo nombre que nosotros, designan en realidad una cosa muy distinta. Empecemos, pues, por rechazar ese error, procurando que desaparezca de la mentalidad del gran público. Un libro cualquiera de historia, si es puramente narrativo, si se limita o consigna hechos, aunque abrace la totalidad de las esferas de vida de un pue-

blo, incluso la historia de su pensamiento en los diversos órdenes de las ciencias y de las cuestiones humanas, no es un libro de Filosofía de la Historia. Puede escribirlo un historiador que no crea en la posibilidad de esa ciencia, o que la considere ajena a su misión profesional, y con ello no hará traición a sus ideas en este respecto.

Tan difundido como ese error, quizá más todavía, hay otro de más difícil desarraigo y de más graves consecuencias, por lo mismo que, aparentemente, se aproxima al campo propio de la Filosofía en vez de estar fuera de él a primera vista. Es el error que califica con aquel título toda generalización de hechos históricos. Para quienes lo sustentan, todo lo que salga de una narración individual de hechos concretos, para trazar líneas generales—los caracteres de una institución en una época determinada, la corriente dominante y central de una serie de acontecimientos, la nota distintiva de un pueblo en su historia, la trayectoria y orientación dominante de un orden de ideas—es ya Filosofía de la Historia. Pero como, a no ser en trabajos de erudición muy monográfica y concreta, todo historiador necesita generalizar (sin salir de su propio material de hechos), se deduce que con aquel criterio apenas habría libro de Histo-

ria que no fuese filosófico. Un manual que resuma en grandes cuadros de conjunto, en grandes «síntesis», como suele decirse equivocadamente, los hechos de un período, de una edad o de un pueblo; unas conferencias de vulgarización que condensen los grandes resultados de las investigaciones de por menor, serían Filosofía de la Historia, cuando rigurosamente no exceden, por lo general, del campo narrativo, es decir, puramente histórico. Así, las célebres lecciones de *Historia de la civilización en Europa*, de Guizot, no tienen en manera alguna aquel carácter, aunque su envoltura elocuente, las consideraciones y juicios que a menudo se encuentran en ellas y que no suelen salir del terreno propiamente histórico, y el criterio laxo y fácil de los contemporáneos, para quienes todo aquello sonaba como novedad (y tenía razón), hicieran que muchos las calificasen de filosóficas. En términos generales se puede afirmar, por el contrario, que toda generalización de hechos, mientras no pase de generalización y por muy abstracta que sea, no es Filosofía. Lo que de ella resulta son siempre hechos, muy generales, muy comprensivos, pero hechos al fin; las mismas «leyes» de éstos, o sea la línea de su dirección dominante en un período más o menos largo, son hechos también,

aunque abstraídos; dicen el camino y la orientación de sucesos individuales; pero no los *explica filosóficamente*, o, para precisar mejor el concepto, *metafísicamente*.

Acabo de enunciar una cualidad esencial, a mi juicio, de la Filosofía de la Historia; pero conviene definirla para evitar confusiones. Toda *explicación* de los hechos, no es explicación filosófica. Desde luego, no lo es la de sus causas, inmediatas o mediatas, *históricas*, es decir, la determinación de su por qué temporal, de sus precedentes, de sus motivos de aparición y ejecución, de su necesidad en un momento dado. Nadie diría que es filosófica la explicación del fracaso de la Armada Invencible, que está toda ella en hechos bien concretos y de lo más histórico del mundo; y, sin embargo, otras muchas explicaciones análogas de hechos humanos más o menos importantes y llenos de consecuencias que ese, se reputan todavía, con manifiesta equivocación, como filosóficas. La explicación de la cultura y del genio griegos como una consecuencia de los precedentes orientales, de las influencias recibidas y del medio geográfico en que vivió aquel pueblo, no lo es tampoco. Se mueve toda ella dentro de causas temporales y en terreno puramente histórico, por muy vasta

y general que sea su comprensión de innumerables hechos concretos.

Para que la explicación tome el carácter de filosófica, es preciso que considere causas no temporales, sino permanentes, y encaje los hechos dentro de una impulsión y una causalidad metafísicas, por fuera del campo de la Historia. No en balde la ciencia que consideramos se llama Filosofía de la Historia (de la historia humana, claro es), lo cual quiere decir que es una ciencia *filosófica* y debe ser tratada según su naturaleza, no a la manera histórica. La oposición que algunas escuelas de pensadores han hecho resaltar entre la Filosofía de la Historia y la Historia de la Filosofía, marca bien el carácter distintivo de cada una de estas ciencias, no obstante ser iguales los términos que en ellas juegan. La diferente posición relativa de ambos en cada caso, señala perfectamente su oposición.

Preciso es, pues, que abandonemos todo concepto equívoco de la ciencia a que se refieren estas reflexiones, para colocarnos en el terreno que propiamente le corresponde. Puestos ya en él, la discusión de los problemas que le son propios se presenta desembarazada, porque sabemos ya el valor de las palabras que empleamos y no nos exponemos a discurrir

indefinidamente, sin entendernos, sobre cosas que no tienen de común más que el nombre que queremos darle, pero que sólo conviene a una de ellas.

Entendidos ya sobre este punto, cabe plantear la primera cuestión de la Filosofía de la Historia, que es, precisamente, la que se ha discutido más en nuestros días, a saber, la de la posibilidad de esta ciencia. En todo caso, sería lo primero que hubiésemos de discutir y de resolver; porque, ¿a qué conduciría trazar fantásticamente los principios de una ciencia carente de realidad, es decir, imposible? Tan sólo a producir una labor inútil, y más que inútil, perniciosa, por las falsas ideas que esparciría entre los hombres.

Antes de analizar esa cuestión y de dar sobre ella, si fuese preciso, opinión propia, conviene separarla de otra que a menudo se ha juntado con ella, juzgándola con su solución. En efecto: una cosa es preguntar la posibilidad de una Filosofía de la Historia, sea cual fuere el campo científico en que se establezca, y otra averiguar si los historiadores son, como tales historiadores, capaces de crearla y aun si les importa o debe preocuparles su existencia. La distinción entre ambas cuestiones es tanto más necesaria, cuanto que muchos tratadistas han planteado

tan sólo la segunda de ellas y han pretendido, con su resolución, resolver también la primera y fundamental. En realidad, aquélla, tal como vulgarmente se propone, no tiene razón de ser. Si la Filosofía de la Historia, caso de ser posible, es una ciencia filosófica y no histórica, resulta claro que a quien corresponde formarla y esclarecerla es a los filósofos y no a los historiadores. Lícito y explicable es en éstos, en cuanto historiadores, el declararse incompetentes y eludir el empleo de sus fuerzas en averiguación de un aspecto de la historia humana que no es el suyo y que les restaría tiempo y atención necesarios para lo propio. Por eso es un terreno fuerte el de quienes, a título de historiadores, rehusan ocuparse del problema aquél, y aun creen pernicioso que se mezcle con los peculiares de la historia misma, ya basen su opinión en el supuesto de que la índole de los conocimientos históricos no lo permiten fundamentalmente, ya en el de que no autoriza a tanto el estado actual de la ciencia histórica (1). Pero nótese que la mayoría de los que así opinan conceden que *fuera* de la Historia, en el campo propio de otras

(1) Una exposición del estado actual de esta cuestión a que ahora me refiero, se halla en mi libro *Cuestiones modernas de Historia* (Madrid, 1914). Introducción y cap. III.

ciencias, el problema es legítimo y cabe plantearlo y estudiarlo. No será el historiador profesional quien lo estudie, si es que no quiere traspasar su propia esfera; pero podrá aprovechar los resultados de la investigación que otros realicen.

Claro es que esto no veda ningún historiador que se ocupe de Filosofía de la Historia, como se puede ocupar de Astronomía o de otra ciencia, ni podrá negarse que por lo mismo que es historiador, su preparación para estudiar el problema es la más adecuada para penetrarlo hondamente en uno de sus aspectos (1). Lo natural es, por el contrario, que sea a los historiadores a quienes preocupe ese problema, porque la visión constante del material histórico les ha de sugerir a cada momento el ansia de una explicación que trascienda de los hechos mismos, y en todo caso, su condición de hombres inteligentes les

(1) Una de las debilidades científicas de muchos de los filósofos de la Historia que llamaríamos clásicos —y aun de no pocos modernos— está precisamente en que han sido o son *poco historiadores*, que no ven el problema en su proyección histórica esencial, y dejan de cumplir aquella exigencia que Dilthey (*Einleitung in die Geisteswissenschaften*) formula diciendo: «El pensador que toma como objeto el mundo histórico, debe estar en estrecha relación con el material inmediato de la Historia y dominar enteramente su método».

llevaría a ello, aunque no se atreviesen a abordar la resolución. Ni hay tampoco, en las afirmaciones que preceden respecto de la independencia entre la esfera científica de la Historia y la de la Filosofía, de ésta, negación alguna del nexo íntimo que las liga, y en virtud del cual no sólo el filósofo necesita dominar el material histórico, según ya se ha dicho, sino que el historiador hallará en la Filosofía, aunque él no la construya, una fuerza de orientación para el manejo de aquel material.

De otro orden distinto es oponer la objeción respecto de la Filosofía de la Historia, a los mismos filósofos, fundándose en el estado actual de nuestro saber de la historia humana. Semejante objeción —diferente de la que supone oponer ese argumento tan sólo en lo que afecta a la legitimidad de construir los «historiadores» una Filosofía de la Historia— se basa en la afirmación de la estrecha dependencia en que afirmamos se hallan ambos términos. Kohler lo ha dicho de una manera terminante, con referencia a la Filosofía del Derecho: «Sin Historia Universal del Derecho es tan imposible una verdadera Filosofía jurídica, como sin Historia Universal una Filosofía de la humanidad, y sin Lingüística una Filosofía del lenguaje». Niega esto, pues, la posibi-

lidad de la Filosofía de la Historia para todos, aunque solamente mientras no se cumpla la condición fundamental de ser conocidos previamente los hechos con toda la amplitud necesaria para poder filosofar acerca de ellos; y para mí, ésta es la más fuerte objeción que cabe oponer a la posibilidad *actual* de una Filosofía de la Historia.

Efectivamente. Sólo por la fuerza de la costumbre y por la sugestión que producen los libros (es decir, las doctrinas hechas, las exposiciones sistemáticas, que dan la engañosa apariencia de algo terminado y perfecto), decimos y aun creemos que nos es conocida la Historia de la humanidad. Lo cierto es que, con ser muy considerables en número nuestras noticias históricas, haber aumentado tantísimo de un siglo a esta parte y haberse perfeccionado en sus condiciones de certeza y de profundidad, aún nos queda mucho por saber, aún hay muchas lagunas, muchos puntos oscuros, muchos datos y generalizaciones en crisis, y que sobre una base tan imperfecta, cualquier construcción filosófica será endeble y zozobrá al menor empuje. Si no poseemos completamente ni con seguridad los hechos, ¿cómo podremos fundar sobre ellos nada estable y seguro?

A la fuerza grandísima que tiene este argumento

débase el resultado más útil y fecundo que la crítica moderna ha producido en la discusión del problema que nos ocupa. Amparada en aquél ha ido demostrando la inconsistencia de los sistemas de Filosofía de la Historia que anticipadamente, apriorísticamente, se habían apresurado a construir algunos escritores, de los cuales, no pocos, merecen el calificativo de grandes. Ese fracaso era merecido, como merecida es la sonrisa con que hoy acogemos, verbigracia, aquel infantil empeño de encajar la Historia humana en períodos o edades de desarrollo que cerraban el porvenir y limitaban la eternidad de la vida o la llevaban, prontamente, a un estado de reposo y equilibrio en que terminaba su proceso.

Al hacer tabla rasa de todo lo que de inflexible y dogmático tenían esos sistemas, la crítica de los historiadores profesionales ha prestado un servicio inmenso a la ciencia, desbrozando el camino para que no lo obstruyan, con su espejismo engañoso, construcciones pseudo-científicas—aunque colosales algunas de ellas—, que dificultarían la labor futura hecha paso a paso y sobre seguro. Verdad es que de rechazo ha producido también un escepticismo pernicioso en muchas gentes que, con la precipitación, tan natural y difícil de vencer en el espíritu huma-

no, a sentar conclusiones definitivas y dar sentencias firmes, han confundido la ruina de las Filosofías de la Historia de tales o cuales autores, con la quiebra total de esa ciencia. Advertir al gran público del error que hay en suponer lo segundo, consecuencia obligada de lo primero, es uno de los deberes de los hombres de ciencia en la proyección social de su labor.

Volvamos, pues, al punto de partida de las consideraciones actuales. Negar la posibilidad presente de la Filosofía de la Historia porque aún no conocemos bastante la Historia humana, no es negar su posibilidad en absoluto y para siempre. La misma afirmación que es punto de arranque de la conclusión precedente, puede, no obstante lo dicho, volver a plantear de nuevo la dificultad capital. En efecto; si se probase que nos es imposible llegar a ese conocimiento previo de la Historia que ha de hacer posible una Filosofía científica de ella, o fuese verdad—como muchos opinan—que el conocimiento histórico es incapaz de cualidades científicas y aun de precisión y certeza, se haría eternamente imposible filosofar acerca de él. El problema, pues, se traslada a otro terreno y obliga a discutir previamente todas esas cuestiones aludidas, que tienen—como es sa-

bido—una copiosa literatura en nuestros días. Desde la polémica relativa al grado de generalización posible en los hechos humanos (cuyo extremo radical representa, v. gr., Xenopol, al negar toda generalización, hasta la sustracción de la Historia al campo de la ciencia de una manera fundamental y absoluta, la serie de los problemas parciales que presentan las distintas opiniones defendidas hoy por los especialistas, necesita ser abordada y resuelta, para no hallar obstáculos en la afirmación de la Filosofía de la Historia o para abandonar el ensueño de su posibilidad. Sería largo y enojoso emprender ahora este camino, que, por otra parte, ya anduve antes de ahora (1). A la conclusión que entonces dejé establecida me remito y sobre ella me apoyo, a título de doctrina personal. Puede resumirse así: «En el estado actual de conocimientos referentes a todas estas cuestiones y de la opinión de los hombres de ciencia respecto de las mismas, carecen de firmeza bastante los argumentos empleados para negar el carácter de ciencia (la posibilidad de que lo sea) a la Historia, ya porque el concepto general de Ciencia

(1) En el citado libro *Cuestiones modernas de Historia*, cap. III, n.º III.

permite hoy plantear el problema en sentido distinto del aristotélico, ya porque no es tan seguro como ordinariamente se cree que la Historia sea pura observación de hechos *individuales*, que se traduce en una narración sin generalización alguna (más o menos abstracta; toda generalización lo es), en la cual cada hecho conserva su característica diferencial y única y sólo a título de ésta es mencionado. Para mí, particularmente, lo esencial del problema no está, sin embargo, en que el conocimiento histórico, se conforme o no con la definición aristotélica de la ciencia y sea susceptible de abstracciones más o menos amplias, sino en que pueda alcanzar aquellas cualidades de verdad, certeza y evidencia que separan el conocer científico del vulgar. Si al organismo o al orden de conocimientos verdaderos, ciertos y evidentes, que tienen por objeto los hechos de la humanidad en el espacio y en el tiempo (y que reciben de ese objeto su propia unidad interna) se les quiere escatimar el dictado de científicos, la cuestión será de puro nombre. Lo que importa es que nuestro saber de los hombres y de las sociedades de los tiempos pasados llegue a ser—mediante el riguroso empleo de los métodos críticos de investigación—tan seguro como el saber de los hechos natu-

rales; aunque ni unos ni otros entreguen al observador, ni al experimentador, el total de su rico y (hoy por hoy, al menos) misterioso contenido».

La objeción, pues, que de ser cierta haría imposible siempre, por falta de base, filosofar sobre la historia humana, no tiene fuerza científica para oponer una barrera infranqueable a la aspiración filosófica, pero sirve de un modo eficazísimo para templar impaciencias y evitar precipitaciones en la resolución del problema capital, mostrando el enlace de éste con muchas cuestiones importantes que aún se discuten, revelando su complejidad y haciendo que, incluso sobre la base fortísima de una convicción personal arraigada en el sentido de la resolución favorable, mantengamos aquella juiciosa reserva propia del espíritu verdaderamente científico, que previene contra la posibilidad de los errores propios y nos hace respetuosos frente a las opiniones ajenas. Todo lo que sea huir de la sospechosa reducción del problema a términos sencillos y fáciles—que sólo se consiguen subjetivamente, despojándolo de muchos elementos integrantes de su complejidad y que caprichosamente calificamos de accidentales—y pertrecharnos de la mayor suma de pruebas en favor de nuestra opinión, aquilatándola y robusteciéndola con

todo género de contrastes e investigaciones, se convertirá en garantía de nuestra conclusión definitiva y de las construcciones doctrinales que sobre ella elevemos. Con ese propósito he ido exponiendo y examinando las principales objeciones que se oponen a la Filosofía de la Historia y los errores o confusiones de concepto que llevan a campo distinto y propicio a confusiones, la acepción del nombre mismo de la cosa.

Sobre todas estas reservas flota, sin embargo, un hecho que aun los más decididos contradictores de la Filosofía de la Historia han de reconocer, no sólo como real, sino como importante y significativo. Ese hecho es la persistencia en el espíritu humano—en todo hombre que piensa algo sobre el mundo y la vida—de los interrogantes fundamentales en el problema propio de aquella filosofía.

Cierto es que frente a la inmensidad probable de la historia futura y la pequeñez de la recorrida hasta hoy, que no hace muchos meses recordaba con buen sentido el profesor Sloane (1), la persistencia en la

(1) *The Vision and Substance of History*. Adress delivered at Buffalo, Dec. 27, 1911. Publicado en *The Amer. hist. Rev.* Enero, 1912.

humanidad, o en grandes masas de ella, de una idea, de una preocupación ideal, de un anhelo, no siempre significa que sean esenciales a nuestra naturaleza, dado que bien pueden ser supervivencias, vibraciones reflejadas de estados de pensamiento primitivos no modificados aún, y de los que, en suma, estamos (en aquella relatividad de tiempo recordada) cronológicamente muy próximos. Por esa razón no es siempre argumento favorable a la verdad o a la necesidad de una idea o de una creencia, el de que durante muchos siglos hasta hoy, un número más o menos considerable de hombres la haya mantenido y la considere fundamental. El futuro pudiera desmentirnos en absoluto. Pero si advertimos que una idea o una preocupación ideal determinada existe en la humanidad entera, y se aviva más en los espíritus cuanto mayor es su cultura—al revés de otros estados espirituales que reposan sobre una base principalmente sentimental y arraigan sobre todo en las masas incultas o de cultura incipiente—, tendremos una presunción fortísima en favor de su necesidad esencial para nosotros. Así ocurre con el problema propio de la Filosofía de la Historia. Con clara conciencia de lo que significan, de la clasificación que les corresponde en la enciclopedia de las ciencias, o sin sospechar lo más

mínimo la relación que con ésta tienen, muchedumbre de hombres, hoy como en los primeros tiempos de la civilización, formula preguntas que corresponden a las cuestiones fundamentales de aquella ciencia; y cada uno de los que componen esa muchedumbre, contesta a ellas desde el punto de vista de una religión, de un sistema filosófico o simplemente de un estado vulgar de cultura que en él se refleja o en cuyo ambiente se ha educado.

Cierto es que muchos hombres pasan por la vida sin haber tenido un momento de intimidad espiritual en que esas preguntas fulguraran ante su conciencia, porque los agobios de la lucha material diaria los esclavizaron, sin dejarles resquicio de atención para otras cuestiones. No menos cierto es que entre los que han roto esa esclavitud, y aun entre los que se mueven ordinariamente en un medio intelectual, aquellas preguntas pasan a menudo como chispazos rapidísimos, que se extinguen pronto o no adquieren el grado de importancia que hace de una idea, de una cuestión, preocupaciones fundamentales del pensar. Durante mucho tiempo ha habido, por razones doctrinales emanadas del predominio de ciertos sistemas filosóficos (aunque algunos negasen la Filosofía), despreocupación, frialdad respecto de aque-

llas preguntas, en gran número de gentes. Aunque se ha operado una reacción en este sentido, todavía son muchos los que no sienten de un modo firme la comezón de tales cuestiones; pero eso ya depende de causas generales ligadas a la condición de nuestra vida moderna. La agitación febril moderna, la superficialidad y exteriorismo en que se mueve la mayoría, hacen que los momentos de intimidad, de contemplación serena y honda del espíritu consigo mismo, de examen de conciencia referido a la vida toda de cada cual, sean difíciles y raros. Distráidos con el espectáculo de afuera, no solemos mirar adentro ni escuchar las ansias de nuestra alma, y pasamos por la vida, muy a menudo, ignorantes de las curiosidades elevadas que duermen en el fondo de nosotros mismos. A veces, en momentos de rápida soledad y coloquio interno, se nos aparecen de pronto; pero el esfuerzo intelectual que requieren para ser apreciadas, el tiempo que pedirían para ser atendidas, nos asustan, y preferimos ahogarlas y hacer como que las ignoramos, hasta que en otro momento de angustia y de duda, de desaliento y pesimismo, en que el espíritu no halla asidero más que en sí propio, vuelven a brillar, pero sin la esperanza de que tendremos espacio y sosiego para considerarlas

como merecen y buscar serenamente su respuesta.

Semejante estado de inatención al problema, no basta, pues, para negar que existe; antes bien, afirma que está bien presente ante nosotros y que cuando queremos oír su voz, ésta suena de manera clarísima; y eso basta para guiarnos en las presentes consideraciones.

Llega el historiador a conocer, o a creer que conoce, los principales hechos de la historia humana; describe el origen, esplendor y decadencia de los grandes imperios; fija el proceso de la civilización, sus distintas etapas, el movimiento oscilante y a veces contradictorio de su caminar, los entronques y aprovechamientos que de la labor de unos pueblos hacen otros, el resultado que en los tiempos modernos se ha conseguido, la trayectoria o ley de desarrollo y orientación de las instituciones fundamentales y de las aspiraciones que consideramos de más importancia, y todavía después de esto quedan aquellas preguntas inquietantes en que está todo el programa de la Filosofía de la Historia: ¿Adónde va la Humanidad? ¿Hay para ella un fin de que no tiene conciencia todavía, pero hacia el que marcha la corriente central de su historia? ¿Le impulsa hacia ese fin algo que está fuera de ella misma? ¿Qué signifi-

cado, qué valor tiene su vivir dentro de la realidad toda del proceso universal? ¿Está entregada al azar, o lleva una orientación? Y si la hay, ¿cabe deducirla o adivinarla a través de lo que de sus hechos conocemos? ¿Existió en sus mismas condiciones de vida algún factor que dé la piedra angular de la Historia? Y en función de todo eso, ¿qué estado es el que marca o marcará el esplendor de esa Historia, la situación culminante y más conforme con los fines del Universo? ¿Es posible el señalamiento para lo futuro de una trayectoria fundamental de la humanidad, o la Filosofía de la Historia no debe traspasar el momento presente?

Clarísimo ha de ser, para todo el que considere esta serie de cuestiones que sugiere la contemplación honda de la Historia, la jerarquía real y lógica que entre ellas existe. No están todas en el mismo plano; no son todas de igual alcance, y si permitís usar una frase vulgar e inexacta, pero que refleja bien lo que pensaría un profano (es decir, la mayoría de los hombres), no son todas igualmente *filosóficas*, sino que unas lo son *más* y otras *menos*. Esta cuestión de importancia relativa y de jerarquía, tiene un valor más grande del que a primera vista pudiera presumirse, porque de estimarla justa y acertada, nos lleva en

seguida a considerar si los profesionales, los escritores que se han planteado científicamente el problema de la Filosofía de la Historia, lo han visto en su totalidad o se han limitado al estudio de alguna o algunas de las cuestiones que lo integran, quizá de las que podríamos llamar secundarias frente a las que definen el objeto central de aquella ciencia; y todavía más, si no es que, en rigor, creyendo plantear el problema que les preocupaba, no se han detenido, con error de perspectiva, en aspectos muy generales, muy comprensivos, de la Historia, pero sin salir de ella, sin elevarse a su visión trascendente, sin alcanzar el verdadero campo filosófico a que aspiraban.

No estoy lejos de pensar que así ha sido las más de las veces, por lo menos en aquellos grandes sistemas que han querido dar una resolución fundamental del problema de la Filosofía de la Historia. No aludo con esto a la observación —repetidamente hecha por los críticos y por los más recientes expositores de la materia— de que la mayoría de esos sistemas, si no todos, perdiendo de vista la complejidad de la cosa, han dado una explicación simplista de la Historia humana, en lo que estriba, o su fracaso, o su insuficiencia; me refiero a que, aparte la mayor o

menor comprensión del problema a que llegaron, cabe preguntarse si esos sistemas abordan el problema *verdadero* de la Filosofía de la Historia, del cual penden otra porción de problemas a título de consecuencias, o por el contrario, no han pasado de uno de estos últimos, considerándolo, con error, como el eje o quicio de la Ciencia, dentro del cual se explican todos los demás.

Que esto es claro en Montesquieu, en Rousseau, mucho más en Voltaire y en otros autores de análoga posición científica respecto de la Filosofía de la Historia —que no acometieron de frente y mirando de un modo principal a su resolución—, nadie lo discutirá. Pero aun en los grandes maestros de esta disciplina, es lícita la duda y hasta la contestación negativa. ¿Se puede decir que Herder, no obstante la agudeza con que subordinó a su punto de vista más general cuestiones secundarias que casi fueron la única preocupación de sus antecesores en el siglo, plantea realmente, con su cuestión de los factores y el resultado de la Historia humana, el verdadero problema fundamental de la Filosofía de esa Historia? ¿Lo planteó acaso Kant con su explicación del proceso regular de la humanidad, de la resolución del conflicto entre la libertad individual y el interés ge-

neral mediante el Estado? ¿No cabe todavía, después de esto (y aunque aceptemos la resolución kantiana), formular preguntas respecto del problema metafísico del plan de la Historia en todo lo que no es choque de libertades individuales entre sí, es decir, respecto de cuestiones más generales y comprensivas, al lado de las cuales aquélla parece subordinada y demasiado concreta? Y a pesar de la grandiosidad incontestable de la concepción hegeliana, ¿no nos queda acaso la impresión de que, en el fondo rebaja el problema, lo reduce y lo sustrae a una más alta visualidad de él, dentro de la cual el desarrollo de la conciencia moral de la libertad y la función del Estado resultan subordinados? La apreciación del modo de desarrollo de la Historia y su consideración unitaria, bajo una norma ética, no obstante su punto de vista metafísico, está demasiado cerca todavía de una visión de conjunto del proceso histórico en algo muy concreto que deja flotar por encima un problema más hondo y más vasto. Todavía más claro es esto en Comte y sus discípulos, en Marx y los suyos, el fondo de cuyas Filosofías de la Historia es un puro análisis de los factores que producen los hechos humanos y que sólo explican secundariamente la Historia. Aun en los más agudos y comprensivos de esos sis-

temas, el pensamiento no descansa satisfecho, como quien ha dado con la clave principal del problema; sino que sin desconocer el valor de todas aquellas investigaciones y la viva luz que arrojan sobre los movimientos humanos, siente que algo falta, que hay algo más alto incontestado y que respondería mejor, si tuviese respuesta, a la aspiración *filosófica* propiamente dicha.

Creo lícito, científicamente, ese descontentamiento de nuestro espíritu, aun frente a los más profundos y minuciosos análisis del proceso humano. Creo también que no puede limitarse el problema total de la Filosofía de la Historia humana a las dos preguntas, que ya Herder formuló, sobre el valor de aquella Historia y las condiciones de su proceso, pues aunque en la estimación de esta última haya habido atisbos del problema último y fundamental, pronto caen los sistemas en un puro análisis de condiciones y en una generalización de hechos históricos que queda por debajo de aquél.

Todo lo que no pase de ser explicación de hechos humanos por otros hechos de igual naturaleza (todo lo «generales» y «fundamentales» que se quiera, pero esto no les varía su cualidad), no pasa de ser historia; y así, lo que se ha llamado por alguna escuela la

«Anatomía» y la «Fisiología» (o la «Psicología», en otro punto de vista) del hacer humano, no es Filosofía de la Historia (1).

Ahora bien. ¿Tiene realidad esa aspiración nuestra a una aplicación trascendente, a un problema más alto que todos los planteados científicamente hasta ahora en la llamada Filosofía de la Historia, o es un puro anhelo del espíritu, que jamás ha de ser satisfecho?

No creo que podemos dar hoy una contestación científica a esta pregunta; pero quiero hacer notar

(1) Por no pasar de aquel limitado punto de vista los que han pretendido construir doctrinas o sistemas de Filosofía de la Historia, es por lo que se ha podido plantear y discutir la cuestión de la predicción de la Historia futura. A la manera concreta como ésta se ha concebido y se ha pretendido afirmar (la humanidad *hará* en lo porvenir tales o cuales cosas, recorrerá tales grados o esferas de civilización o de desarrollo), ni tiene realidad ni puede incluirse en el campo de la Filosofía de la Historia. Por eso tiene razón Meyer (en su *Historia de la Antigüedad*), al considerar ese punto de vista, en decir que tal predicción es imposible, puesto que en aquello a que se suele referir, el elemento *individual* (contingente), domina y escapa a toda previsión, y en afirmar —siempre en ese sentido— que la historia sólo permite comprobar, y no fijar, para el porvenir.

que, en todo caso, nuestra impotencia actual o permanente para resolver un problema ideal, no anula este problema en el espíritu, que sigue formulándose como aspiración irreprimible y siempre esperanzada de hallar respuesta.

Y en fin, todavía debemos considerar—para que el planteamiento lógico del problema no nos deje ningún resquicio de zozobra—que las preguntas en que expresamos el contenido fundamental de la Filosofía de la Historia, ni prejuzgan, por el hecho de formularse, su contestación afirmativa, ni es ésta condición ineludible para su existencia. Aunque la respuesta a todas ellas hubiese de ser negativa, seguirían siendo problemas, interrogantes ideales para nuestro espíritu, mientras tanto que esa respuesta no se presentase a nosotros con caracteres científicos indiscutibles; y aun entonces no constituiría menos la materia propia de una Filosofía de la Historia, tan real y constituida como si contestase afirmativamente a esos interrogantes, que en el fondo llevan, para la mayoría de los hombres, un latente deseo de explicarse de un modo racional, ordenado, subordinado a planes generales del Universo entero, la vida de la humanidad.

Por eso, la necesidad esencial de la Filosofía de la

Historia no depende, ni de una resolución especial de sus cuestiones, ni de la posibilidad actual de hallar esa resolución. Nace, principalmente, de la presencia del problema mismo en nuestra mente y del hecho comprobado de que la más alta expresión de lo que llamamos progreso, referido a nuestra Historia, consiste en hacer a la humanidad consciente del sentido ideal de sus propios hechos, de lo que hace sin darse cuenta de su valor y significación, y precisamente para poder dirigir su vida mediante esa conciencia, de un modo cada vez más reflexivo, con una visión más clara del por qué y para qué vive y se agita. El ayudar, mediante la preocupación del problema a que éste sea estudiado y se resuelva algún día (el que fuere), es más racional y humano que cerrarle el camino con una negativa apriorística de su posibilidad o con un desvío de la atención que le debemos.